

# LAS MOSCAS



Hablar de la vida en el campo y, sobre todo, hablar de la vida en el interior de las casas del campo, sin hablar de las moscas, creo que es algo así como hablar de la mar y no mencionar para nada los peces.

Por ello no tengo más remedio que ocuparme de las moscas, aunque el tema no sea precisamente sugestivo y de interés para el lector.

Todos sabemos que el aire que respiramos se compone principalmente de oxígeno, nitrógeno, argón y vapor de agua. Pues bien, esta composición, que debe ser la común para el aire que circula por todas partes, no es la que corresponde al aire que se respira en el interior de cualquier recinto cubierto del campo en época de buen tiempo: es decir, en época de calor. Porque en esa época, que abarca más o menos de abril a octubre, el aire del interior de los cortijos se compone, además de todos los elementos antes citados, de moscas vivas y volanteras, y en qué cantidad, Dios mío!

Las moscas se ven a millares en todas partes: en el techo, en las paredes, en el suelo, sobre los muebles, sobre las vasijas, sobre la comida, sobre los animales y sobre las personas. Las moscas lo invaden todo con una presencia avasalladora.



¿De dónde diablos salen tantísimas moscas como se ven en los cortijos? Es un misterio impenetrable. Pero lo cierto es que cuando entra el buen tiempo, allá por el mes de abril y cesan los fríos, las moscas, que nadie sabe de dónde vienen, inician la invasión de las casas. Al principio es una invasión tímida, compuesta al parecer por patrullas de exploración de reducido número, pero a medida que los días se alargan y el calor aumenta, su número crece de una forma vertiginosa hasta alcanzar una densidad de pasta en el aire de las habitaciones.

En los meses de julio y agosto, esta densidad adquiere tal grado de espesor, que el aire de las habitaciones se agita y zumba como un líquido en ebullición. De tal forma, que cuando las personas se mueven de un lado para otro, se aprecia perfectamente cómo arrece el zumbido al abrirse la masa de moscas para dejarles paso libre.

En estos meses de plena cosecha de moscas, las personas se pasan el día realizando en todo momento dos tareas simultáneas. Una, la que se haya propuesto hacer con sus manos, tal como guisar, coser, hacer guita o partir almendras, pongo por caso; y otra tarea, simultánea y adicional a la primera, la de sacudirse

las moscas a manotazos a cada instante. Lo de dar manotazos en todas las direcciones es una tarea absolutamente inútil, aunque imprescindible, porque si no, las moscas te acosan, te pisotean y te comen vivo si las dejas campar a su aire. Y digo que es inútil, porque las moscas, aparte de poseer una fantástica habilidad para esquivar los manotazos, son terriblemente obstinadas y no se arredran por mucho que se les amenace. En cuanto pasa el peligro del manotazo, ellas vuelven a picar en el mismo sitio sin la menor vacilación. Tengo la impresión de que se divierten poniendo a prueba la paciencia de las personas.

Este acoso obstinado resulta especialmente penoso para los críos pequeños que aún no son capaces de espantarlas con sus manitas, y también para los ancianos ya demasiado torpes para imprimir agilidad a sus manotazos. Sobre estas víctimas incapaces de defenderse, hacen las moscas verdaderos estragos. He visto casos en que la masa de moscas impedían ver la cara de las personas. Particularmente a los niños de pecho, los devoran cuando están en la cuna y la madre no ha tenido la precaución de cubrirlos con una gasa. El olor a la leche que impregna las mejillas de los críos les atrae de un modo irresistible.

Naturalmente, la gente del campo no tiene más remedio que combatir a las moscas utilizando los medios más eficaces que tienen a mano. Hay varias maneras de hacerle la guerra, y de ellas vamos a ocuparnos a continuación.

La más inofensiva, en cuanto a consecuencias para las moscas, pero de indiscutible eficacia como defensas de personas y objetos, es el empleo de la gasa, que consiste simplemente en cubrir con una pieza de gasa, que aquí llaman "Tarlata", lo que se desea librar del acoso de las moscas, ya sea la cuna de los niños, las fuentes con comida, las vasijas con líquidos, etc. etc. ¡Ah! y los espejos. Menciono los espejos como algo muy característico en el empleo de la gasa protectora o tarlatana.

En todas las casas de campo, y como ya indiqué al hablar del mobiliario, es imprescindible encontrar un espejo grande presidiendo la pared más visible de la entrada, y en todos los espejos es forzoso que aparezca la tarlatana cubriendo la luna y el marco. El objeto de esta cubierta de velo no es otro que impedir que las moscas se posen sobre el cristal y lo pongan perdido de cagadas, ya que está perfectamente demostrado que las moscas sienten una especial inclinación por posarse en los espejos, con el único objeto de cagarse en ellos. Por supuesto, que también se cagan en los vasos, tazas y copas que adornan los chineros, pero su preferencia por los espejos es mas acusada.

Las moscas son tantas, y es tal su afición a estar precisamente en los sitios que están las personas, que el ejercicio de espantarlas a manotazos sólo sirve en definitiva para cambiar unas moscas por otras, sin que el número global sufra la menor alteración. Las que uno se espanta de la cara se pasan a los brazos, y las que estaban en los brazos se pasan a la cara, o se pasan a la cara del vecino inmediato en un incansable carrusel.

Ni que decir tiene, que a la hora de comer las moscas emprenden una ofensiva generalizada sobre todo lo comestible y bebible que hay sobre la mesa, y es tal su frenesí de volar de un lado para otro catando manjares, que no contentas con pisotear el pan, beber en el borde de los platos y hociquear en los vasos, tienen aún la desfachatez de embarcarse en las propias cucharas y aprovechar el corto espacio que se tarda en llenarla y llevarla a la boca, para ir comiendo en el viaje. Cuando la cuchara va a entrar en la boca del usuario, las muy ladinas saltan ágilmente para no ser engullidas.

Es claro que con tanto acoso y tanto revuelo alocado, sea frecuentísimo que muchas caigan en la fuente de la comida o en el plato, cuando la comida es a base de caldo. Una vez que caen en el líquido

están perdidas porque no pueden salir solas. Las moscas no saben nadar.

Afortunadamente, la gente del campo, acostumbrada desde su niñez a vivir en contacto con toda clase de insectos y bichos, no sienten ningún asco por esta pequeñez de las moscas que se bañan en el caldo, lo cual no deja de ser una cualidad que considero muy provechosa para su bienestar. De sentir repugnancia, hasta el extremo de renunciar a beberse el caldo por la tontería de encontrarse una mosca ahogada, lo más seguro es que se quedaran en ayunas todos los días. No, cuando esto sucede, que es a diario y en todas las comidas, no ponen cara de asco ni hacen aspavientos, sino que emprenden la tarea práctica de deshacerse del cadáver de la mosca. Si ha caído en la fuente o en un plato, se pesca con la cuchara, junto con una porción del caldo que la rodea como medida de profilaxis, y se tira al suelo, para continuar comiendo como si tal cosa y con la misma cuchara. Si ha caído en un vaso de vino, pues se saca con la punta de la navaja o con el dedo, y a otra cosa. La mosca es algo muy pequeño como para estropear una comida.

El lector es muy libre de opinar como guste sobre esta manera de solventar la cuestión de las moscas en la comida, pero puedo asegurarle por propia experiencia que en el campo no hay manera de comer si uno se anda con remilgos y prejuicios acerca de las entrometidas moscas. Es cuestión de habituarse.

Cuando uno ve sacar diez o doce moscas de una fuente de gazpacho y luego comprueba que el gazpacho no ha cambiado en absoluto su sabor propio, acaba dando por bueno lo que suele decir la gente en estos casos; que las moscas toman de la comida en que cae, pero no dejan nada.

Por esto que digo de las moscas en la comida y de las moscas en todas partes, no piense el lector que la gente del campo es por naturaleza sucia y descuidada,

y que se resigna a convivir con ellas sin hacer nada por combatir las y exterminarlas. Nada de eso. Hay, por el contrario, un estado de guerra permanente entre las personas y las moscas. Lo que ocurre es que las moscas son tantas que si en una casa se consiguen eliminar al día mil moscas, pongamos por caso, al día siguiente aparecerán en la misma casa otras mil de relevo, y el resultado será que la casa tenga siempre las mismas moscas. Es una plaga, y contra las plagas es inútil luchar con éxito. Sólo la llegada del frío es capaz de eliminar la plaga.

De todos modos, la gente hace lo que puede, sino para eliminarlas del todo, cosa absolutamente imposible, sí al menos para aclararlas en parte, de modo que sean menos a molestar y a caer en la comida.

El procedimiento más eficaz para dejar una habitación limpia de moscas, temporalmente, por supuesto, es dejar la habitación a oscuras. A las moscas no les agrada la oscuridad, y en cuanto se quedan sin luz en una habitación procuran trasladarse a otra que esté iluminada. De este rechazo a la penumbra se aprovechan las mujeres para librar de moscas los cuartos de dormir. Los dejan a oscuras durante el día, de forma que las moscas no sienten el menor interés por meterse en ellos. Ni que decir tiene, que el cupo de moscas correspondiente a las habitaciones a oscuras pasa a engrosar la dotación de la pieza mejor iluminada de la casa, que es precisamente la entrada-cocina-comedor, etc., donde normalmente hace la vida la familia, con lo cual, la concentración de moscas en esta pieza adquiere una densidad impresionante.

Sin embargo, hay también un procedimiento para descongestionar esta pieza, muy sencillo por cierto, y que las mujeres ponen en práctica cuando les sobra tiempo para entretenerse luchando contra las moscas.

El procedimiento se basa en el mismo principio de la fobia de las moscas a la oscuridad y consiste,

simplemente, en cerrar ventanas, puertas y postigos para que la estancia quede a oscuras.

Se deja así un rato, el suficiente para que las moscas, sorprendidas por esta súbita oscuridad en pleno día, se desconcierten y se pongan nerviosas, que es lo mismo que les ocurre, según dicen, a los animales superiores cuando se encuentran sumidos de pronto en un eclipse de sol.

Transcurrido ese lapso de tiempo destinado a poner nerviosas a las moscas, se procede a dejar entrar un poco de luz en la estancia, para lo cual basta abrir un poquito la hoja de la puerta de la calle; muy poco, pues sólo se trata de crear un contraste y, hecho esto, se espera pacientemente a que se produzca el fenómeno.

El fenómeno es que las moscas, al percibir un rayo de luz, cuando ya pensaban que era de noche, se precipitan como locas en su dirección y salen disparadas a la calle. El espectáculo de ver salir las moscas a chorro por la ranura de la puerta es realmente fascinante.

Una perfección del sistema para activar el proceso de evacuación, cuando las moscas no encuentran mucho entusiasmo por salir a chorro, consiste en abrir y cerrar la hoja de la puerta de modo intermitente, lo que viene a resultar como un parpadeo de luz en la penumbra de la habitación. Este parpadeo actúa como un estimulante eficazísimo para que las moscas se decidan a salir. Está comprobado. Claro está, que para que la operación resulte un éxito hay que tener mucho cuidado en atrancar la puerta en cuanto dejan de salir moscas, porque si se deja abierta, las moscas volverán inmediatamente a reconquistar el terreno que abandonaron por engaño. Es el inconveniente que tiene este procedimiento, que limita mucho su puesta en práctica. Sólo se puede cerrar el cortijo alguna que otra tarde.

Otro sistema muy utilizado en todas las casas para despachar moscas, pero no haciéndolas salir de las

habitaciones con engaño, sino eliminándolas físicamente a porrazos y a patadas para que no den más la lata, consiste en poner los típicos manojos de "mata mosquera".

La "mata mosquera" es una planta que crece espontáneamente en estos campos, con preferencia en las depresiones del terreno, donde encuentra más humedad para vegetar. Despide un intenso y agradable aroma que recuerda al de la hierba buena, y sus hojas, siempre verdes, pues es planta perenne, parecen impregnadas de una sustancia pegajosa de sabor dulzón que debe gustar muchísimo a las moscas.

Todo consiste en formar manojitos de tallos tiernos de la mata mosquera, que atados con un esparto se cuelgan en las vigas del techo de las habitaciones. Las moscas, atraídas por el aroma, o quizás por el jugo viscoso y dulzón de las hojas, se posan sobre los manojos con el mismo entusiasmo y codicia que lo harían sobre platos llenos de azúcar, y allí, sobre las hojas, se pasan las horas muertas sin acordarse de las personas. Las personas, en cambio, si se acuerdan de ellas y observan complacidas cómo los manojos se van poniendo negros a fuerza de moscas.

Cuando llega la noche, y la ausencia de luz garantiza que las moscas no saldrán volando y se estarán quietecitas sobre los manojos, se procede a su captura y exterminio.

La operación es muy simple, pues basta subirse a una silla provisto de un saco, y con mucha maña, abriendo la boca del saco de forma que sus bordes no toquen el ramo, se introduce éste en el saco y se rompe el tirante de esparto. Y ya tenemos a unos centenares de moscas metidas en el talego. Para ultimar la operación, sólo resta sacar el saco a la calle y atizarle una buena tanda de porrazos y pisotones hasta que no quede una mosca viva. Luego se vacía el saco volviéndolo y asunto concluido. A la mañana siguiente las gallinas se encargan de hacer desaparecer las moscas muertas.